

ENTREVISTAS

Entrevista a David Maldavsky^{1 2}

RUP – Para ubicar a los lectores, queremos pedirte en primer lugar, que nos hables de tu trayectoria como editor y de tu experiencia en la evaluación de trabajos científicos.

DM – Prefiero presentar primero mi trayectoria en el área editorial. Empecé en la Revista de Psicoanálisis en 1966. Trabajaba en EUDEBA, de donde me fui como consecuencia del golpe militar del 66. En la Revista empecé trabajando como asesor técnico. Alrededor de 1980 renuncié al cargo y seguí como asesor editorial *ad honorem*.

RUP – ¿En qué consiste ser asesor editorial?

DM – Me interesé en distintos aspectos, sobre todo el de diseño de políticas editoriales, que implica proyectar iniciativas; por ejemplo, números temáticos, trabajos discutidos, proposición de temas y autores poco conocidos. Renuncié a este cargo a mitad de los 90, porque había sido nombrado Decano de Humanidades y Ciencias Sociales en una universidad privada, y no hubiera podido cumplir con mis responsabilidades en la Revista. Ahora sigo en contacto con diferentes editoriales, más bien como asesor externo, como consultor. Algunas revistas me piden consejo y sugerencias en forma más o menos sistemática. Además, dirijo una revista académica con referato, en la UCES (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales), que se titula Subjetividad y procesos cognitivos. El primer número está a punto de publicarse. Al mismo tiempo, codirijo la Colección de Psicología y Psicoanálisis en Editorial Amorrortu, desde 1980. Allí tienen cabida todas las orientaciones teóricas. El criterio para la selección se basa en la oportunidad (por ejemplo, si ya tenemos un número alto de obras sobre histeria, digamos, preferimos aquellas que traten otros tópicos), y en la calidad científica.

RUP – ¿El criterio de calidad?

¹. Médico psiquiatra. Asesor editorial de la Revista Argentina de Psicoanálisis. Codirector de la Colección de Psicología y Psicoanálisis de la Editorial Amorrortu.

². Entrevista realizada por Ana de Barbieri y Mireya Frioni en junio de 2001.

DM – Buena pregunta. Para mí calidad implica varios aspectos. Uno de ellos es que el autor esté actualizado, que conozca bastante –no se puede pedir la totalidad– de la bibliografía del tema que trata. Claro que hay libros que aparecen publicados actualmente que son solo buenas revisiones monográficas, que no dicen nada nuevo. Por eso, a mí me parece importante que, a partir de una buena información bibliográfica, se desarrolle un aporte novedoso, que no sea disparatado, sobre el tema de que se trate. Cabe decir que los libros son mucho menos originales actualmente que hace 25 años. Creo que es otro momento en el desarrollo de la ciencia psicoanalítica, aspecto este que consideré en varias oportunidades. Vale la pena preguntarse qué significa hoy escribir un texto de psicoanálisis. Ya los grandes héroes están muertos y no creo que algunos de los pocos de cuya presencia podemos disfrutar y que poseen un perfil similar al de los autores de generaciones precedentes, tengan el nivel de creatividad de estos.

RUP – En tu calidad de editor, ¿cómo es tu experiencia en la evaluación de trabajos científicos?

DM – Comencemos por el término “científicos”, es decir, por la pregunta por si los trabajos psicoanalíticos lo son. No ignoro que al respecto hay una extensa discusión epistemológica, que en muchas ocasiones deriva de un modo particular de definir qué es ciencia. Yo supongo que el psicoanálisis es una ciencia. En consecuencia, escribir un trabajo psicoanalítico implica que se forma parte de un conjunto social. Por lo tanto, es necesario partir del reconocimiento de que hay una historia, que es posible cuestionar parcial o totalmente, pero no ignorar. De lo contrario, se está dañando un tejido social, y además el propio autor va a sufrir ese mismo destino: quedar ignorado, cuando pierda el poder político o la capacidad de seducción.

Además de la cuestión de la bibliografía, del estado actual del arte, otro aspecto que merece nuestra atención es el cuidado metodológico. La metodología no puede ser siempre la misma. Un trabajo sobre psicoanálisis ligado a cuestiones forenses, laborales o educacionales puede requerir una metodología. Los estudios ligados a la observación de bebés con sus madres pueden requerir otro método. Las investigaciones clínicas psicoanalíticas, que constituyen un centro de nuestra producción científica, tienen también sus metodologías, a menudo descuidadas. No se presta suficiente atención al enlace entre los materiales clínicos presentados y las hipótesis que se pretende engarzar con ellos. También se echa de menos la falta de trabajos que discutan estos problemas, cuya aparición puede constituir un indicio del grado creciente de refinamiento del

psicoanálisis como práctica científica. Sobre todo no existen criterios acerca de cómo aprovechar los estudios de caso único, a menudo de tipo descriptivo-exploratorio. Al menos, es conveniente que un autor tenga conciencia de estos problemas metodológicos y dé cuenta de cómo los resolvió en su trabajo. En el master que yo dirijo en la UCES (Problemas y patologías del desvalimiento) nos reunimos todas las semanas un equipo grande de académicos para discutir los proyectos de tesis que se presentan, proponer cambios a los maestrandos y criticar errores de todo tipo. Se nos hizo evidente que el problema metodológico resulta difícil de resolver también por la falta de propuestas satisfactorias, sobre todo cuando la tesis corresponde al terreno de las investigaciones de procesos psicoanalíticos. Así que nos vimos llevados a proponer nuestro propio método, que no consiste en la importación de modelos externos sino en desarrollar la metodología implícita en muchos trabajos clínicos en psicoanálisis (que se centra en detectar cómo la erogeneidad y la defensa se expresan en el discurso del paciente).

Por fin, además de prestar atención a la bibliografía y al método, valoramos el aporte concreto que se ha realizado, si incluye alguna novedad o no. Igualmente, puede ser valioso que el aporte consista en ratificar una hipótesis expuesta antes por otro autor.

RUP – Lo que me parece interesante de esto que tú estás diciendo como director de tesis sirve también, por lo menos en el trabajo nuestro...

DM – Con muchos psicoanalistas he trabajado de este modo, no ya para producir una tesis sino un trabajo para presentar en un congreso o una publicación.

RUP – Lo que pasa es que es más difícil que se dé esa situación, que tú puedas tener ese dialogado.

DM – Creo que es lo más útil que yo puedo hacer. Mi actividad se parece a la del terapeuta en las sesiones, porque voy extrayendo (*per via di levare*) lo nuclear de lo que la otra persona pretende presentar y trato de que eso luzca, como si con el andamiaje bibliográfico y metodológico lo impulsara a que construya un engarce en el cual brille el diamante. El problema que planteo es muy abarcativo. A menudo los trabajos son criticados por fallas formales y no se puede aprovechar algo nuclear, que merece un rescate. Así ocurre con algunos autores clínicamente originales, intuitivos, que requieren de un rescate, consistente en la ubicación de sus propuestas en un marco metapsicológico preciso. De lo contrario, el autor permanece inserto en un reducto de admiradores separados del resto de la comunidad psicoanalítica, y todos resultamos perjudicados. Estos trabajos de rescate de tales hallazgos y de crítica de ciertos fundamentos poco claros en los que un autor se basa pueden resultar de utilidad al

trasformar diferentes enclaustramientos (en que las posiciones se tocan solo tangencialmente, en el marco de la mera tolerancia recíproca) en un debate abierto.

A todo ello conviene agregar una confusión epistemológica que se crea entre práctica profesional y trabajo de investigación en sentido estricto. Cuando un psicoanalista trabaja con un paciente realiza una actividad de investigación-acción que se rige por una lógica abductiva. En cambio, cuando presenta un trabajo ante colegas la lógica de su argumentación es otra, deductiva. Es conveniente no confundir entre ambas alternativas. En las investigaciones basadas en casos clínicos es conveniente también reflexionar sobre los criterios para poder trasponer los hallazgos de la sesión con un pasaje de una lógica a la otra.

RUP – Sabemos que a partir de tu experiencia, has pensado mucho sobre las políticas y estrategias para la edición de revistas de una institución en relación con la evaluación de trabajos científicos. Nos interesa tu enfoque al respecto.

DM – Considero que un comité editor de una institución tiene que dar cabida a la producción de la institución y, al mismo tiempo, estar en conexión con otros comités editores y entidades equiparables. En todos estos ámbitos la revista es un testimonio de la labor científica de la institución. La política editorial de los comités ofrece diferentes alternativas concretas.

Algunos comités insisten en dar un lugar central a la producción local, sobre todo las nuevas generaciones, otros, en cambio, prefieren autores y temas clásicos, y un tercer grupo opta sobre todo por las cuestiones actuales y los autores extranjeros. Cualquiera de estas alternativas (o su mezcla) puede o no ser oportuna. Desde mi punto de vista, un comité editor debe ser estimulante, dar cabida a lo nuevo, conducir a la complejización científica, aportar aquello que en la institución es desconocido, promover que los trabajos de autores de la propia institución mejoren cada vez más su nivel. Al contrario, creo peligroso el embelesamiento con la producción interna.

Además de estas exigencias de dar espacio a producciones científicas de la propia institución, el comité debe responder a otras demandas, como la de encarar temas candentes o actuales y la de respetar la tradición que ha dejado su huella en la historia interna. Estas tres exigencias para el comité pueden entenderse en términos de la triple servidumbre del yo, que Freud describe en “El yo y el ello”. La presión de los miembros de la institución son el equivalente de la exigencia pulsional, la tradición ocupa el lugar del superyó, y la realidad está dada por las temáticas actuales y las competencias con otras revistas. Precisamente, las relaciones con comités de otras revistas son un

problema, ya que es necesario explicar, por ejemplo, por qué no se da cabida sino a cierta orientación, o por qué se publican siempre trabajos de un pequeño grupo de autores, o por qué no se tratan sino ciertos temas.

En cuanto al hecho de ser estimulante, cabe agregar que puede volverse displacentero para los miembros de la propia institución. Pero se trata de un displacer necesario, antinarcisista. En este punto, sin embargo, cabe plantearse una medida para el aporte de lo nuevo, de lo diferente: que sea afín. Trataré de explicarme. Freud decía que el cuerpo como fuente pulsional inherente a Eros se crea por una unión de células químicamente diferentes pero afines. Si fueran idénticas se generaría un estado tóxico, y si fueran demasiado diferentes, sin afinidad, unas terminarían aniquilando a las otras. O sea que tiene que haber diferencia y afinidad para crear una tensión que promueva lo vital. Precisamente, el origen de Eros –las pulsiones de vida– deriva de este encuentro entre células diferentes pero químicamente afines. Así se crea una tensión complejizante (la tensión pulsional), aquello que impide la tendencia a lo inerte, al cero. Igualmente, un comité editor busca afinidad y diferencia en los trabajos. Esta es también parte de una definición política. En varios libros expuse que en cada quien (y en un comité editor) existen seis nexos diversos con lo diferente: 1) ignorancia, 2) englobamiento, 3) coexistencia pacífica, 4) coincidencia parcial, 5) reflexión autocrítica, 6) construcción de una complejidad mayor. Claro que en un comité editor pueden darse respuestas no unitarias, cambios de una a otra alternativa en cuanto a política editorial, y ello por múltiples razones.

Otra función de un Comité editor consiste en seleccionar los trabajos. Para ello es necesario hallar parámetros suficientemente flexibles pero orientadores. Uno de los riesgos en un Comité consiste en soslayar un conflicto y aceptar un trabajo pese a que hubiera sido conveniente para el autor y para la calidad de la revista que se le solicitaran al autor ciertas modificaciones. Sé que a veces es difícil decir que no, por lo cual es muy importante que el comité esté cohesionado. Entonces se soporta mejor el conflicto institucional.

También es necesario tomar en cuenta que si un comité pertenece a una institución joven, su política editorial puede combinar por un lado una mayor apertura a trabajos externos, por otro lado los aportes de algún autor propio respetado y por otro, escritos dignos de analistas jóvenes, que pueden evolucionar y aceptar una orientación con mejor talante que los mayores. Pero estas aseveraciones no son válidas para una revista de larga data y con instituciones con trayectoria, como la APA o la APU. Creo que es

mucho más pertinente para estas revistas una estrategia como mencioné antes, con una función inquietante, estimulante, desnarcisizante.

He afirmado además reiteradas veces que considero que en este momento los autores que son nuestros héroes, forjadores de una orientación teórica o clínica, han muerto, y que el psicoanálisis pasa por una situación diferente de la previa. Es el momento de contrastar posiciones, y, desde mi punto de vista, de tratar de ubicar cada aporte en el marco de la teoría freudiana: qué agrega de nuevo, qué rectifica, qué ignora, empobrece o distorsiona de aquella con una lectura prejuiciosa. Claro que esta es mi posición teórica, y no la que sostengo como pertinente para una política editorial. Sí, en cambio, considero que resulta metodológicamente anacrónico pretender juzgar los trabajos de los pioneros a la luz de las exigencias editoriales actuales. Más bien creo que con estos trabajos la posición es diferente: tratar de rescatar en el aporte correspondiente lo que haya de valioso y original.

RUP – En oportunidad de la mesa redonda que organizó APA en Buenos Aires el pasado mes de mayo te referiste a los diferentes géneros de trabajo que son presentados para su publicación. Nos gustaría que hables de ese punto tan interesante.

DM – Cada género tiene una estructura expositiva diferente. En algunas ocasiones lo mejor que tiene un trabajo es su revisión bibliográfica. Este género requiere de una visión clásica y actualizada a la vez, con una detección de los verdaderos puntos en debate, de las afinidades y las divergencias que superen los andamiajes argumentativos revestidos con nomenclaturas diversas, y con un análisis crítico de las diferentes posiciones.

Cada texto tiene un equilibrio interno entre partes. Al menos podemos distinguir entre tres partes. Una es la bibliografía, otra es la argumentación propia (con una discusión con otros autores) y, otra, el material al que se recurre para apoyar esta argumentación. En cada oportunidad difieren. A veces se presenta un caso princeps, otras veces un historial clínico con un final positivo o negativo. La pregunta que es necesario responder entonces es para qué se presenta el caso, lo cual implica entramarlo con hipótesis psicoanalíticas de diferente tipo. La presentación clínica en sí misma tiene sus exigencias internas. Como género está poco cultivado. Más bien hallamos viñetas clínicas, fragmentos de una sesión, un lapsus, un sueño, una anécdota. La presentación de anécdotas tiene poco poder en el marco de una argumentación. Sirve más para ejemplificar que para sostener una posición y, por lo tanto, es metodológicamente débil. Cabe entonces preguntarse si es pertinente en relación con la teoría que pretende ilustrar

y si dicha teoría, a su vez, está suficientemente acotada y no resulta vaga, ambigua. Otro problema lo presentan los contrastes entre casos. A menudo se llega a un planteo de homologaciones excesivas, en el afán de reunir un número importante de pacientes con un problema en común. Al respecto, resulta interesante que Freud nos indicó un camino: la detección también de los componentes diferenciales, como lo hizo al comparar la zoofobia de Hans con la del Hombre de los Lobos.

Para cada género hay parámetros internos que no están explicitados. Pese a ello, es posible derivar, deductivamente, las exigencias formales internas. Si un autor hace una investigación clínica y pretende exponer sus resultados, se espera un contraste con trabajos similares de otros autores, en cuanto a sus respectivas conclusiones. La sistematización de los géneros no es, pues, tan difícil de alcanzar. En el fondo, todos contienen los mismos elementos: el estado actual del arte, la argumentación propia y los hechos, el contraste o la discusión con otros autores. Cambian, sí, las proporciones relativas: la discusión bibliográfica es mucho más fuerte en algunos trabajos que en otros, a veces es más extensa la exposición clínica, o lo es la discusión con otros autores. A todo ello podemos agregar el cuidado metodológico, incluso una justificación del criterio para reunir las hipótesis propias con los hechos. En cuanto al valor literario de los trabajos, creo que no tiene peso a la hora de juzgarlo científicamente. A veces puede ser un obstáculo, ya que crea fascinación y sustituye la claridad por una ambigüedad evocadora que seduce pero paraliza, impide la crítica, la reflexión y el contraste. Tampoco el formuleo es necesariamente un ideal. De hecho, Freud (“Neurosis y psicosis”, “Fetichismo”) mostraba una cierta aversión a este modo expositivo, dado que fuerza a veces un ordenamiento que separa procesos psíquicos que más bien deberían combinarse, imbricarse.

Los trabajos metapsicológicos son otro género. En este caso no se espera una argumentación clínica. Un trabajo metapsicológico tiene otro nivel de discusión y la referencia clínica puede consistir en una cita bibliográfica propia o ajena. Algunos de los trabajos metapsicológicos de Freud incluyen casuística; por ejemplo, en “Lo inconsciente” hay una breve referencia, en el capítulo séptimo, a los pacientes esquizofrénicos, pero para discriminar un punto específico: que estos toman a las palabras como cosas. En el mismo trabajo, Freud recurre también brevemente a la clínica para examinarlas diferencias finas entre las formaciones sustitutivas (preconcientes) según las estructuras clínicas. Estudia entonces las formas en las que aparece la fantasía de castración en las histerias, las neurosis obsesivas y las

esquizofrenias. Sin embargo, existe un riesgo en la tentativa de sistematizar los géneros: volver la discusión excesivamente burocrática. Por ello conviene no exagerar el valor de estas intuiciones generales, que hacen de orientadoras acerca de las proporciones relativas en cada trabajo.

RUP – Me gustaría que nos hablaras del referato y de su importancia para una publicación como la nuestra.

DM – Yo creo que el *referee* tiene múltiples funciones. Es sobre todo un consultor. El objetivo de su función es en especial contribuir a elevar el nivel científico de la publicación, a la que respalda con su nombre y su prestigio. Pero antes de aludir a este tema, prefiero considerar la cuestión de la relación entre el comité editor y los *referees*. Una modalidad de relación consiste en que el comité desaparece en cuanto a las tomas de decisiones, que quedan en manos del grupo de *referees*. El comité hace solo de distribuidor, de nexo entre autores y *referees*. Claro que entonces el comité editor mismo queda sin proyecto propio. Por mi parte, prefiero otra modalidad de relación, que deja espacio para las iniciativas del comité editor. La elección del *referee* es en sí misma una cuestión. Puede elegírseles pese a que son conflictivos porque resultan interesantes. También se los puede elegir porque son colaboradores y amistosos con el comité. Ambos criterios pueden coexistir. Una de las metas, en estas elecciones, consiste en crear una trama de intercambios entre los *referees* y el comité editor. Se genera un comité ampliado que tiene varias funciones. Los *referees* no solamente evalúan trabajos; además, proponen temas y autores, promueven la revista en su propio ámbito e invitan a colaboradores a que envíen trabajos. Otra función de los *referees* es política. Constituyen un sostén para el equipo que desarrolla la tarea central de ejecución. Ustedes pueden estar apoyados por la comisión directiva de la institución, pero este apoyo político es diferente del aportado por el grupo de *referees*, que avala desde la perspectiva científica. En cuanto al comité editor, es conveniente que convoque a participar activamente a los *referees*. Puede notificarlos sobre los temas de los próximos números, qué autores publican en cada uno. Esta es una forma de convocar a la identificación con el proyecto editorial del comité, y consiguientemente de contar con evaluadores más entusiastas y comprometidos con la tarea.

Por otra parte, en cuanto a la relación entre *referees* y comité editor, este último no tiene la obligación de aceptar todo lo que opina un evaluador, especialmente si posee una orientación diferente de la del autor y se pone hipercrítico. En tal caso, el comité puede encontrar la forma de trasladar al autor las críticas tamizadas, dado que se desea

que el autor escriba su trabajo siguiendo su propia orientación, a tono con las exigencias actuales para publicar un trabajo.

Otro problema es la cuestión del anonimato. En general creo que no funciona mucho en las instituciones psicoanalíticas ya que a menudo resulta fácil reconocer quién es el autor. Tal vez el *referee* no identifique específicamente al autor del trabajo que evalúa, pero sí la orientación, y puede decir: 'este es de fulano o de un discípulo de fulano'. A menudo es conveniente que no haya anonimato y que el nombre del *referee* sea dado a conocer al autor luego de la evaluación, porque si no se crea una asimetría: el evaluador conoce quién lo escribió, pero no a la inversa. Es mejor que las cosas queden claras. Incluso se pueden dar intercambios interesantes, junto con el odio que no puede soslayarse. El anonimato depende del tipo de institución.

RUP – ¿Y con *referee* del exterior?

DM – Si logran enviar todos los trabajos al exterior, está bien, pero no siempre esto es posible. Los *referees* extranjeros habitualmente demoran más sus informes, están menos solidarizados con el proyecto del comité editor, así que en este punto se presenta un inconveniente.

RUP – ¿Es necesario consultar todos los trabajos? Porque creo que hay trabajos que no se pueden consultar.

DM – Los trabajos de autores invitados no es necesario enviarlos a consulta. Lo mismo ocurre cuando se selecciona un texto ya publicado en otra revista, o se desea reproducir un aporte clásico como homenaje. A veces, el mismo Comité decide rechazar algún trabajo por las fallas que tiene.

RUP – ¿Quién decide mandar ciertos trabajos y otros no?

DM – La decisión es del comité editor, y, en ciertos casos, específicamente de su director.

RUP – ¿Pero si hay otros trabajos que no entran en estas categorías?

DM – Puede no enviarse a los *referees* algunos trabajos de autores de la época fundacional, que a veces valen sobre todo por ser el testimonio de una evolución, o porque poseen el sello de una época. Esta es una decisión del director, que conoce la identidad de los autores de los trabajos.

RUP – Estamos encontrando la necesidad de consultar con gente de afuera. La nuestra es una institución muy chica en que hay un contacto muy directo.

RUP – Te agradecemos mucho el tiempo que nos has dedicado y la experiencia que nos has transmitido.